

Presentación



Poco se ha estudiado el gran viraje que implicó en las filosofías y las metodologías de análisis el alejamiento, en el siglo XX, del más radical de los racionalismos heredado del XIX. Y aunque justo es reconocer que es tarea de las ciencias descubrir los más comprensibles caminos del conocimiento —extraerlos incluso de sus múltiples, variadas experiencias—, los cambios que nos propone el pensamiento actual para la comprensión del mundo, de la sociedad, del ser humano, de la naturaleza que vivimos hoy no dejan de aparecer como inusitados, sorprendentes, inesperados. Por ejemplo, percibir la indeterminación, el caos, el desorden, la extrema casualidad como método para investigar un universo que lleva todas estas *¿incongruencias?* en sus entrañas, en su esencia, nos obliga a un esfuerzo nuevo, nos lleva a imaginar, a reflejar en nuestra mente inéditos registros. Con todo, éste es el destino de la racionalidad: incorporar a sus procedimientos aun las más complicadas configuraciones. El objetivo de estos contemporáneos desafíos resulta claro: negar las secuelas de un plan, proyecto u ordenamiento vendría a ser un ordenamiento en sí mismo. Descubrir un sentido zambullendo a la mente en los procesos de un sinsentido. Alcanzar el orden del entendimiento penetrando en el desorden de las cosas, del mundo, del universo.

Todos los caminos conducen a la obligación primordial: descubrir y demostrar la verdad.